

Elena Li Chow

O J O S
R A S G A D O S

icono •

Contenido

La blusa roja del río Amarillo	7
La carta de otros	17
Juicio final	29
Una razón para esperar	43
Travesía nocturna	51
Invierno en Kioto	61
Los ángeles raptos	69
El silencio de Mei	79
Precio de novia	89
Después del tsunami	97
Nada pasó	109
El sucio barro	119
Dos mujeres y un caballo	131

DESPUÉS DEL TSUNAMI

NORIYOSHI ABRE LA puerta del parqueadero de la estación de policía, un espacio rectangular bañado por el sol de la primavera. En vez de carros patrulleros, el sitio está colmado de cajas fuertes, unas encima de otras, la mayoría rayadas, embarradas y golpeadas, con las puertas torcidas o medio abiertas, como si alguien las hubiera botado desde un barranco.

Ve a Miki primero, sus manos sostienen una taza de té caliente al lado de unos diez jóvenes como él, policías uniformados de azul oscuro y botas negras. Desea acercarse, pero se detiene con la llegada de un grupo de ferreteros por una puerta lateral para empezar a trabajar.

El sonido de taladros y martillazos retumba contra las paredes del parqueadero. Algunas cajas fuertes se abren con rapidez, otras son más resistentes. El trabajo de Noriyoshi consiste en buscar pasaportes, documentos de identidad, papeles legales, cualquier cosa que lo ayude a identificar a los dueños de las cajas fuertes para así devolverles sus pertenencias.

Noriyoshi es de Tokio, no ha sufrido lo que Miki presenció aquel viernes de marzo. Tenía el día libre y sin nada que hacer, había entrado al cine. A la salida sintió un tenue temblor bajo sus pies. Había mucha gente en la calle, mirándose los unos a los otros, en espera de subsiguientes réplicas. La tierra volvió a sacudirse, haciendo mecer varios edificios altos y delgados. Cuando prendió su teléfono supo que algo grande estaba sucediendo. Recibió mensajes de advertencia que el gobierno emite un minuto antes de un desastre mayor, tiempo para que las entidades

responsables suspendan los trenes bala y las líneas de ensamblaje. Corrió hasta su estación. El epicentro fue en el mar, al noreste de Japón y lejos de Tokio, pero desató un poderoso tsunami que arrasó con poblaciones enteras y repercutió en el accidente nuclear de Fukushima, todo en un solo día. Los noticieros pasaban imágenes de carros amontonados entre escombros, lanchas en autopistas, miradas ausentes de personas que se habían quedado huérfanas.

Noriyoshi fue asignado a la pequeña población pesquera de Ofunato, uno de los pueblos más afectados por el tsunami, durante la última etapa de rescate, cuando lo peor ya había pasado. El panorama seguía siendo desgarrador. El mar lanzó los gigantescos troncos de árboles que esperaban ser despachados en el puerto contra las casas residenciales. Barcos de pesca aparecieron encima de edificios en ruinas. El olor de incienso era permanente y el ruido de pequeñas campanas y cantos budistas en los ritos funerarios no cesaban. Por semanas no lograba quitarse de encima el olor de cuerpos descompuestos que desenterraba bajo los escombros y terminaba el día con dolores intensos en cada hueso de su cuerpo. Era joven, sabía que se recuperaría mucho más rápido que las personas que lo habían perdido todo.

Se sintió agradecido cuando la estación de policía se llenó de cajas fuertes perdidas y lo asignaron a la tarea de lidiar con ellas. Además, conoció a Miki y su presencia fue un respiro de aire fresco para él. Con tristeza, Miki le contó que el maremoto se había llevado a su abuela de ochenta años.

—La quería mucho, me llevaba al colegio todos los días.

—Mis abuelos fallecieron hace muchos años —Noriyoshi se avergonzaba de que apenas recordaba sus facciones.

—Sobreviví, no me faltan un brazo o una pierna.

Noriyoshi asintió, no sabía qué decir.

—Mis padres también se salvaron —continuó ella—. Vivimos en un refugio como miles de otros, somos afortunados.

Noriyoshi quería decirle que admiraba su fortaleza, que se requería coraje para aceptar su destino sin mirar hacia atrás. No dijo nada.

El frenazo de un camión anuncia la llegada de más cajas fuertes. Día tras día el mar trae cajas que se depositan sobre la playa a lo largo de cientos de kilómetros del litoral. Noriyoshi pasa la mañana tratando de catalogar y buscar algún tipo de identificación sin mucho éxito. Dinero en efectivo brota de la mayoría de ellas. Cada vez que saca un fajo de billete envuelto en bolsa plástica o pañuelo bordado, mojado y lleno de mugre, Noriyoshi sacude su cabeza y recuerda las palabras de Miki: un tercio de la población de Ofunato supera los sesenta y cinco años y *tansu yokin* es muy común. La gente desconfía de los bancos y prefiere guardar «ahorros en el armario», o en este caso, dentro de cajas fuertes.

Esa tarde Noriyoshi encuentra un bulto muy bien envuelto en bolsa plástica dentro de una de las cajas. Parece tratarse de hojas sueltas en tamaño carta, un manuscrito de algún tipo. Sin posibilidad de identificar a quién le pertenece, Noriyoshi consigue permiso para sacarlo de la estación y leerlo.

Al quedarse satisfecho con una pasta de soba y camarones en el pequeño restaurante a una cuadra de su

alojamiento, Noriyoshi abre la bolsa plástica y se alegra de que las hojas estén en buenas condiciones. Mientras bebe té verde –un poco amargo, como le gusta–, descubre que están escritas a mano y con una letra clara. Desde los primeros párrafos, se da cuenta de que se trata de una novela. Se titula «Para ti», con las siglas A. K. en renglón aparte.

Termina de leer la última página en su cama bien entrada la noche. Apaga la luz y trata de dormir. Da vueltas y vueltas, sin poder sacar el personaje de su cabeza. Satoshi es un hombre joven, sin propósito en la vida. Su rutina consiste en recorrer el malecón al atardecer y beber cerveza en un bar llamado La Hora, cerca de donde vive, siempre solo, con la cabeza llena de dudas, enamorado de una mujer que trabaja en un almacén de discos, pero no hace ningún intento por acercarse a ella. Es reservado, oculta sus emociones y permite que la soledad se vuelva cómoda; el silencio, necesario. A Noriyoshi le atormenta algo en esos párrafos largos y detallados, a veces repetitivos. Se ve a sí mismo retratado en esas páginas. El aburrimiento, el desaliento que lo acecha a veces, lo convierte en una persona depresiva. Por eso perdió a Yoko. Ella lo buscaba y lo llamaba durante los seis meses que estuvieron juntos. Cuando dejó de hacerlo, cuando ya se cansó de tomar la iniciativa, él no hizo nada. La quería, ese no era el problema, pero nunca trató de recuperarla. Se sintió incapaz de decirle que él no era así, que atravesaba por una época difícil y nadie lo podía ayudar.

Se levanta tarde, cansado y ojeroso. Mete el manuscrito en una nueva bolsa plástica y corre hasta la estación.

—¿Qué te pasa Noriyoshi-san? ¿No dormiste bien anoche? —Miki se acerca con una taza de té caliente.

Noriyoshi quiere decirle que durmió bien, pretender que nada ha pasado. Toda su vida ha escogido la cordialidad por encima de la sinceridad, pocas veces expresa lo que de verdad desea. Pero hoy no puede. Se queda mirando su pequeña boca entreabierta, los ojos inquisitivos, las mejillas un poco sonrojadas.

—¿Por qué me miras así? —pregunta ella.

—Lo siento. No sé qué me pasa. Todo me parece diferente. No dormí nada, me quedé leyendo el manuscrito que encontré ayer en una de las cajas. Te lo mostré, ¿te acuerdas?

—Sí. ¿Qué es? ¿Un diario?

—Es una novela. Me hizo pensar en muchas cosas. Es una historia sin final y quiero tratar de encontrar a su autor.

—¿Cómo puedo ayudar? —pregunta Miki.

—¿Aceptas cenar conmigo cuando lo encuentre?

—De acuerdo —Miki asiente, aún más ruborizada.

Buscar a una persona sin nombre completo después de un desastre natural es como localizar a un pez en extinción en alta mar. Las siglas A. K. en la primera página del manuscrito son su única pista. Los registros de Ofunato desaparecieron con el derrumbe del edificio y cuando Noriyoshi ingresa a los datos electrónicos de la Prefectura de Iwate, encuentra miles de personas con esas siglas. Restringe la búsqueda a escritores, consciente de que «Para ti» puede ser el primer libro de alguien desconocido y A. K. puede ser un seudónimo. El proceso de eliminación es tedioso y las pocas pistas terminan en callejones sin salida. Un par de veces, ha querido declararse derrotado.

Una mañana Noriyoshi se despierta con la idea de buscar al dueño de La Hora, el bar donde el protagonista

de «Para ti» frecuentaba. Si el bar existe en la realidad, tal vez su dueño sepa quién es A. K.

—¿Por qué no vamos hasta allí? —Miki pregunta a la hora del almuerzo. Sin esperar una respuesta, recoge su sombrero blanco con el emblema de la policía, lista para salir.

Con los detalles en el manuscrito, encuentran La Hora sin dificultad. El edificio donde se encuentra el bar está medio caído, aunque no parece haber sufrido daños estructurales. Los vidrios se los llevó el agua, las rejas metálicas prohíben su ingreso. De hecho, parece que esta parte de la ciudad ha salido bien librada. Si el autor de la novela vive cerca, Noriyoshi deduce con una sonrisa de oreja a oreja, tal vez A. K. se haya salvado.

Con la ayuda de sus colegas en la estación, ubican al dueño del bar en el hospital Takata, recuperándose de una operación cardiaca. El enfermo recuerda a un hombre de mediana edad que solía ir a beber cerveza casi todos los días mientras hacía apuntes en una libreta. Era callado, respetuoso y le gustaba el maní con sabor a wasabe; decía que el picante iba bien con la cerveza. Vivía cerca, así es, pero no recuerda su nombre. ¿Arata?, no, ¿Aoi?, no me suena, ¿Akio?

—Akio, ¡ese es su nombre! —dice el enfermo desde la cama.

En los días sucesivos Noriyoshi localiza a diez hombres entre treinta y cincuenta años llamados Akio, un nombre para referirse a alguien brillante, un héroe, y que tengan residencia registrada dentro de una circunferencia de diez cuadras alrededor del bar. Localiza a la mayoría, pero la suerte no está de su lado.

Los cuatro meses de su estadía en Ofunato llegan a su fin. El jefe de la estación de policía reúne a todo el

personal y anuncia que las cajas fuertes serán trasladadas a una bodega en un par de días. Las cajas siguen llegando y solo el 35 por ciento ha sido devuelto a sus dueños. Según la ley, explica el jefe, las autoridades tienen la obligación de custodiar objetos perdidos durante tres meses y la estación no puede quedarse sin parqueadero por tanto tiempo. Si nadie las reclama, afirma, las personas que encontraron esas cajas tienen el derecho de adueñarse de ellas y el gobierno tomará posesión del resto. Por tratarse de dinero en efectivo, la suma podría llegar a miles de millones de dólares.

—¿Por qué tan poca gente viene a reclamar?
—Noriyoshi pregunta a Miki—. El dinero en efectivo es muy importante en momentos de crisis.

—Las personas mayores guardan todo sin decirle nada a nadie, o se les olvida —responde Miki, la que tiene respuesta para todo.

—No he logrado encontrar al autor del manuscrito y mañana es mi último día...

—Te prometí que iríamos a comer juntos.

Miki llega al restaurante a las siete en punto. Casi no la reconoce sin el uniforme. Se ve preciosa en una blusa blanca y falda de color naranja. Hablan de trivialidades, todo menos del trabajo. Noriyoshi se da cuenta de que su obsesión por «Para ti» lo ha cambiado. No desea ser el personaje retraído de la novela. Sabe que debe luchar por las cosas que aprecia, que las oportunidades no se presentarán más de una vez.

—He disfrutado mucho esta noche —le dice Noriyoshi al final de la cena.

—Yo también.

—No quiero dejar de verte —dice, cómodo con su sinceridad por la primera vez—. Ven a Tokio.

—Lo haré, mi tía vive allí.

Piensa en Miki mientras el tren bala se aleja de Ofunato. Se angustia por no volver a ver su cara todos los días, de pensar que el tsunami pudo habérsela llevado. Se ha encariñado con Ofunato, una población de gente sencilla, sin las pretensiones de grandes urbes. Descansa sobre sus rodillas «Para ti», desea releer las últimas páginas en el tren. Luego de agotar todas las posibilidades de encontrar al autor, su supervisor dejó que Noriyoshi se quedara con el manuscrito.

—Señor, ¿dónde consiguió usted eso?

Alguien se ha sentado a su lado. El hombre tiene un brazo enyesado, sus ojos detrás de un mechón largo no dejan de mirar hacia el manuscrito.

—Trabajé con el equipo de salvación de la estación policiaca de Ofunato y este manuscrito es uno de los miles objetos perdidos. ¿Por qué pregunta?

El extraño no responde.

—Lo encontré dentro de una caja fuerte.

El extraño sigue con una expresión inmutable, aunque un súbito parpadeo lo traiciona.

—¿Sabe usted algo de esto? —Noriyoshi vuelve a preguntar.

—Vivo temporalmente en Tokio debido a un tratamiento de fisioterapia —señala su brazo enyesado—. Vengo a Ofunato todas las semanas, esperando hallar rastros de las cosas que he perdido.

—Entiendo lo que siente. Por eso hemos abierto las cajas fuertes para tratar de encontrar a sus dueños.

—Nunca pensé que volvería a ver ese manuscrito.

El corazón de Noriyoshi deja de latir por un milisegundo.

—Mi nombre es Akio Kimura.

—¡*Uwa!* ¡No lo puedo creer! ¿Es usted A. K.?

Akio asiente. Noriyoshi se queda boquiabierto, fascinado por la situación tan inverosímil en la que se encuentra. Piensa que las cosas no suceden de manera fortuita, pero tampoco cree en coincidencias de esta índole.

—Es la única copia que tengo. Pensé que la había perdido para siempre. ¿Me la puede devolver?

—Por supuesto —Noriyoshi coge el manuscrito con ambas manos, pero vacila—. Pero antes, necesito saber el final.

—¿Lo ha leído? —Akio pregunta mientras sus facciones se suavizan y una leve sonrisa emerge, sin que Noriyoshi pueda descifrar si es de burla, incredulidad o genuina sorpresa—. Usted es el primero en leerlo.

—Lo he leído más de una vez. Buscaba pistas para encontrarlo a usted.

—¿Por qué el interés?

—Las personas guardan secretos en cajas fuertes, sus más valiosas posesiones.

Akio asiente y se ríe, le hace gracia lo que acaba de escuchar.

—El último párrafo describe a Satoshi caminando a lo largo del malecón —insiste Noriyoshi—, se detiene, mira al oscuro mar y le entran deseos de llamar a su enamorada. ¿La llamó? ¿Cómo termina la historia?

Akio no contesta enseguida, lo estudia con un cierto deleite antes de decir:

—El final es el que usted le quiere dar.